

RESEÑAS

CARLOS JAVIER GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *Xipe Tótec. Guerra y regeneración del maíz en la religión mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011, 456 pp. ISBN 9786074841817

En este libro, el arqueólogo e investigador Carlos Javier González González nos ofrece un estudio a la vez pormenorizado y novedoso sobre uno de los dioses más complejos y enigmáticos del panteón mexicana, Xipe Tótec, “Nuestro señor el desollado”. Desde el siglo XVI, esta deidad llamó poderosamente la atención de los cronistas españoles, los cuales equipararon las peleas rituales de su fiesta particular, *tlacaxipehualiztli* (“desollamiento de hombres”), con los famosos combates de gladiadores de la antigüedad clásica. Xipe Tótec ha despertado también el interés de varias generaciones de especialistas que intentaron interpretar el simbolismo de sus atavíos, el misterio de sus orígenes, así como los significados de los rituales con los cuales se le rendía culto. Dios de la regeneración de la vegetación, deidad de la primavera, numen guerrero o encarnación del pecado y de la penitencia, múltiples han sido

las interpretaciones propuestas por los eruditos para explicar la personalidad de “Nuestro señor el desollado”.

Si bien disponemos de un estudio detallado de sus atavíos por parte de Anne-Marie Vié-Wohrer¹ y de varios artículos o apartados en libros dedicados a Xipe Tótec,² hacía falta una monografía sólida dedicada a una deidad de esta envergadura. En efecto, las fuentes que nos hablan de ella son en extremo abundantes: testimonios arqueológicos, un amplio *corpus* de estatuas y de pinturas, numerosas representaciones en códices y múltiples menciones en las fuentes escritas, tanto en náhuatl como en español. De allí el gran valor del libro de González González, en el cual se reúnen de manera exhaustiva y por primera vez los abundantes materiales sobre Xipe Tótec, no sólo entre los mexicas, sino también entre otros grupos mesoamericanos.

En el primer capítulo de su obra, el autor aborda con erudición el problema, sumamente complejo, de los antecedentes de Xipe Tótec en Mesoamérica, lo que implica el manejo difícil de materiales iconográficos procedentes de diversas culturas y épocas. Tras un análisis cuidadoso, el autor detecta una ausencia de testimonios fidedignos sobre su presencia en la época preclásica; las huellas claras más antiguas parecen apuntar hacia la zona de Monte Albán, entre 600 y 800 d.C. El arqueólogo destaca en particular la urna de la Tumba 103 de este sitio, la cual presenta los atavíos característicos de Xipe Tótec que vamos a encontrar después, en el

¹ *Xipe Totec, Notre Seigneur l'Écorché. Étude glyphique d'un dieu aztèque*, 2 vols., México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1999.

² Señalemos en particular el artículo seminal de Johanna BRODA, “Tlacaxipeualiztli: A Reconstruction of an Aztec Calendar Festival from 16th Century Sources”, en *Revista Española de Antropología Americana*, 5 (1970), pp. 197-327, y el capítulo del libro de Michel GRAULICH, “El desollamiento de los hombres”, en *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1999, pp. 279-320.

Posclásico. Otro ejemplo notable es la efigie cerámica de “Nuestro señor el desollado” encontrada en Xolalpan, Teotihuacan, fechada entre los años 950-1150 d.C.

En cuanto a las representaciones de ceremonias de flechamiento –algunas de las cuales están asociadas claramente con Xipe Tótec, por ejemplo, en los códices mixtecos– González González advierte sobre el peligro de relacionarlas sistemáticamente con esta deidad: “Acabamos de ver [...] el carácter polisémico de una ceremonia [la del flechamiento], no sólo en lo que se refiere a su relación con diversos periodos festivos y advocaciones divinas, sino también en su connotación como acto sacrificial o punitivo, todo ello dentro de un contexto sincrónico” (p. 105). A continuación, el autor aborda las fuentes escritas que hacen referencia al origen de Xipe Tótec, materiales que requieren también de un cuidadoso exámen crítico por proceder, en su mayoría, de informantes del centro de México. No obstante, es notable la tradición según la cual el pueblo de Zapotlán, Jalisco, sería el lugar de origen del culto a Xipe Tótec; rastrea Carlos Javier González dicha tradición hasta la parcialidad de Moyotlan en Tenochtitlan, lugar donde habitaban los miembros del *calpulli* Yopico, estrechamente vinculados con “Nuestro Señor el Desollado”. Resulta también muy sugerente que el lugar llamado Tlalcocomoco, donde estaba un templo dedicado a Xipe Tótec, era el sitio donde de acuerdo con ciertas tradiciones cayó el corazón de Copil –personaje que ostenta los atavíos del dios en el *Codex Mexicanus*– y brotó el famoso nopal que diera origen a la fundación de Tenochtitlan. Con lo cual nuestro autor puede concluir que “[...] lejos de haber sido un dios extranjero en el territorio tenochca, ‘Nuestro señor el desollado’ se encontraba enraizado en una de las parcialidades prístinas de la urbe [Moyotlan]” (p. 107).

El segundo capítulo está dedicado a los “Escenarios del culto a Xipe Tótec en Mexico-Tenochtitlan”. Modelo de erudición, este capítulo manifiesta el legado del padre del autor, Luis González

Aparicio, profundo conocedor de la geografía antigua de la cuenca de México y cuyo “Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan” fue reeditado en el año 2006 por el mismo González González en un bello volumen.³ En efecto, el conocimiento íntimo de los materiales arqueológicos se combina con el manejo de las fuentes escritas e iconográficas para describir los distintos lugares de culto dedicados a Xipe Tótec, desde el templo ubicado en Tlalcocomoco, el Toteco y los edificios asociados con la fiesta de *tlacaxipehualiztli* en la parte sur del Recinto Sagrado de Tenochtitlan.

El capítulo tercero lleva por título “El papel de Xipe Tótec y de *tlacaxipehualiztli* en la transferencia del poder de Tula a Mexico-Tenochtitlan” y está enfocado a analizar el lugar del dios en las creencias míticas de los mexicas. Si bien González González lamenta que las menciones de “Nuestro señor el desollado” en los mitos son escasas, no obstante encuentra que sus intervenciones son muy importantes para valorar los vínculos que tenía con el desollamiento, la guerra y el maíz. En efecto, Xipe Tótec aparece de manera significativa en los relatos del fin de Tollan, cuando los mexicas se presentan como los herederos de los prestigiosos toltecas; en este contexto, aparece al lado de Topiltzin Quetzalcóatl como penitente pero también como “pregonero”, papel que lo vincula con Tezcatlipoca compartiendo con él su función de victimario de los toltecas, como lo observa con sutileza el autor. El escenario del fin de Tollan es, asimismo, el del origen del *tlacaxipehualiztli*, la fiesta o veintena dedicada a Xipe Tótec; el arqueólogo se percata de que la fecha inaugural de esa importante ceremonia, 13 Caña, es también la fecha de creación del Quinto Sol, el Sol mexica por excelencia. Además, la transformación de Nanáhuatl en Sol ocurrió en un día 1 Jaguar, precisamente el sig-

³ Luis GONZÁLEZ APARICIO, *Pasado y presente de la región de Tenochtitlan. La obra de Luis González Aparicio*, México, Grupo Danhos, 2006.

no calendárico del Tezcatlipoca Rojo, una de cuyas advocaciones era Xipe Tótec. Sustenta esta interpretación la presencia del glifo *ce océlotl* (1 Jaguar) en un relieve que se encuentra en Cuernavaca, al lado de un escudo dividido en tres partes que porta el dios en varios códices. El autor señala, asimismo, que 1 Jaguar es el nombre calendárico del cuchillo de sacrificio, el cual es también llamado “El que bebe de noche”, una de las advocaciones de “Nuestro señor el desollado”. Es más, uno de los aspectos de la deidad era Itztpaltótec, “Nuestro señor losa”, quien está plasmado en los códices con un gran yelmo en forma de cuchillo de pedernal.

González González prosigue con el examen de un pasaje de los *Anales de Cuauhtitlan* que narra el inicio del desollamiento o *tlacaxipehualiztli* a partir de la muerte o sacrificio de una mujer otomí que estaba trabajando con fibras de maguey. De manera convincente, el autor relaciona este relato de origen con episodios de la fiesta de *ochpaniztli*, durante la cual una representante de la diosa Toci realizaba también ese tipo de tarea. La imagen de la diosa era después inmolada y desollada; por lo anterior, nos dice, “[...] resulta claro que la mujer otomí, presentada por los *Anales de Cuauhtitlan* como primera víctima de la guerra y del *tlacaxipehualiztli*, no es otra sino la diosa madre o la diosa de la Tierra” (p. 223). Finalmente, el mito de la transferencia del maíz de los toltecas a los mexicas permite a González González establecer vínculos entre Huémac –uno de sus principales actores– y Xipe Tótec, así como relacionar el mito con la fiesta de *atlcabualo* que antecedió la celebración de *tlacaxipehualiztli*.

Lógicamente, el siguiente capítulo está dedicado a las relaciones del culto de Xipe Tótec con el maíz. El propósito es analizar la articulación entre la guerra y la fertilidad en un contexto ritual amplio, el cual abarca no sólo la veintena de *tlacaxipehualiztli*, sino también la de *atlcabualo* que la precedía y la de *tozoztontli* que la sucedía, es decir, lo que el autor llama “una triada litúrgica” encaminada a “[...] la propiciación de una cosecha exitosa y a una exal-

tación de la actividad militar como instrumento para fecundar la Tierra con el sacrificio y la sangre de guerreros valerosos” (p. 242). En primer lugar, el autor detecta las actividades rituales de la veintena de *atlcabualo* que preparan la siguiente veintena de *tlacaxipehualiztli*, como son la presentación de los *huahuantin*, los “rayados”, y el sacrificio sobre el *temalácatl*. Sin embargo, el autor señala las diferencias con los ritos de *tlacaxipehualiztli*, por ejemplo la ausencia de desollamiento en *atlcabualo*. En cuanto a los nexos entre Xipe Tótec y el maíz, se encuentran manifiestos en las ofrendas de mazorcas que se hacían al dios y a los *xipeme* durante las fiestas. Se trataría, según González González, “[...] de propiciar el logro de una buena cosecha [...]”, pero también de demostrar ante la deidad “[...] haber cumplido debidamente con su labor, protegiéndose así de las enfermedades que el dios podía enviarles” (p. 279).

El consumo de carne humana junto con el maíz durante la fiesta de *tlacaxipehualiztli*, así como durante otras fiestas, es objeto de un detallado análisis. Al respecto, el autor señala el “[...] símil entre el cuerpo desmembrado de la víctima y la mazorca desgranada, mediando el desollamiento en ambos casos [...] Dicho símil atañería, igualmente, a la piel humana y a las brácteas de la mazorca, así como a los trozos de carne y a los granos de maíz, estos últimos como semillas productoras de vida” (p. 286). Aunque sea en una discreta nota a pie de página, González González no deja de mencionar lo siguiente: “Sobra decir que la ingestión ritual prehispánica de las víctimas de sacrificio constituye el antecedente del actual pozole” (p. 287). El resto del capítulo versa sobre la presencia de Xipe Tótec en otras veintenas, entre las cuales destaca *ochpaniztli*, veintena paralela a la de *tlacaxipehualiztli*, cuando se desollaba a la representante de la diosa Toci, pero también a cautivos identificados como *tototectin* (p. 310). En suma, el conjunto de las intervenciones de Xipe Tótec o de víctimas sacrificiales identificadas con esta deidad en las veintenas confirma los estrechos nexos entre “Nuestro señor el desollado” y el maíz.

El último capítulo del libro está dedicado a las relaciones entre el culto a Xipe Tótec y la guerra, un tema recurrente en las fuentes sobre el cual un estudio sistemático era imprescindible. En primer lugar, el autor destaca que las guerras en el centro de México se llevaban a cabo de preferencia durante la temporada seca, una vez almacenadas las cosechas. Por lo anterior, “[...] marzo y *tlacaxipehualiztli* sucedían, cuando menos durante tres meses, al inicio de la temporada idónea para la guerra. Ello explicaría, al menos en parte, las constantes asociaciones de las fuentes documentales entre campañas militares y celebraciones de la fiesta” (p. 320). De hecho, el autor enumera y analiza una serie de celebraciones de *tlacaxipehualiztli* vinculadas con destacadas conquistas mexicas, las cuales tuvieron un lustre especial según lo relatan las fuentes. Esto lo lleva a revisar una hipótesis de Leonardo López Luján, quien había planteado que las ceremonias asociadas con las ampliaciones del Templo Mayor —especialmente la de 1487— se llevaban a cabo en *tlacaxipehualiztli*.⁴ Ahora bien, después de un examen minucioso de las fuentes, nuestro autor se pronuncia a favor de una celebración en *panquetzaliztli*, veintena dedicada al dios tutelar de los mexicas, Huitzilopochtli.

Muy notables son los nexos entre los *tlahtoque* mexicas y “Nuestro señor el desollado”. Tanto la iconografía como las fuentes escritas destacan que los reyes mexicas ostentaban los atavíos de Xipe Tótec, en particular durante las batallas. Es más, el autor subraya el papel de aquella deidad durante los ritos de entronización, sobre todo en ocasión del episodio de la captura de un cautivo por el nuevo *tlatoani*. En efecto, aquel cautivo especial era desollado y se establecía un proceso de paternidad simbólica entre el rey y su cautivo. Según el autor, “[...] sólo después de haber cumplido con el requisito de ofrecer en sacrificio a su pri-

⁴ Leonardo LÓPEZ LUJÁN, *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993.

mer cautivo conseguido como *tlatoani*, el protagonista adquiriría el derecho de utilizar los ornamentos, prendas y divisas correspondientes a su nueva dignidad, tanto en la guerra como en celebraciones especiales” (p. 345).

En ocasiones, y con justa razón, se ha criticado a los especialistas en religión prehispánica por no prestar la atención suficiente a los procesos sociales involucrados en los rituales. La fascinación por el complejo simbolismo de las fiestas, la profusión de los atavíos, los lazos sutiles entre los ritos y los mitos, los múltiples significados de las prácticas sacrificiales, todo este conjunto de elementos que el investigador abrumado intenta interpretar oculta muchas veces la dimensión social de las celebraciones. Por fortuna, investigadores como Pedro Carrasco y Johanna Broda realizaron estudios que enfatizan estos aspectos sociales; pienso en particular en el estudio seminal de la historiadora de origen austriaco sobre la veintena de *tlacaxipehualiztli*.⁵ Ahora bien, González González retoma el expediente y nos ofrece, en la segunda parte de este capítulo, un verdadero modelo de análisis pormenorizado de las fuentes escritas. En efecto, después de un riguroso cotejo de los materiales, el autor explica cómo la práctica del sacrificio humano jugaba un papel esencial en la promoción social de determinados guerreros tenochcas. Es así que en *tlacaxipehualiztli* se ofrendaban principalmente cautivos de guerra, mientras que el soberano tenochca concedía distinciones a los militares que habían destacado en contienda. El estudioso describe cómo, en el caso de los sacrificios realizados en el Templo de Huitzilopochtli, el desollamiento de las víctimas se efectuaba en el mismo lugar de las inmolaciones y los funcionarios del soberano conducían el cadáver sin piel al *calpulli* del guerrero mexica que lo había ofrecido. En el caso del “sacrificio gladiatorio”, el donador recuperaba el cuerpo de la víctima sin intervención del Estado. Después,

⁵ Véase la nota 2.

el cuerpo era desollado en el *calpulli* del donador, lo cual era una manifestación de sus privilegios. Los portadores de las pieles (*xipeme* o *tototectin*) recorrían las calles recibiendo alimentos que el donador redistribuía a los miembros de su *calpulli* durante un banquete, el cual era distinto al que se brindaba con la carne de la víctima. González González concluye que los guerreros mexicas que ofrecían cautivos para el sacrificio gladiatorio adquirían el rango de *tequihua*, para lo cual era necesario haber capturado a cuatro enemigos. De esta manera las ceremonias de *tlacaxipehualiztli* funcionaban como ritos de acceso al poder que incluían banquetes y la distribución de bienes.

En suma, no cabe duda que estamos frente a una obra a la vez erudita y original, en la cual se combinan el rigor del análisis y propuestas novedosas sobre una de las deidades más importantes –y añadiría, menos trabajada hasta ahora– del panteón mexicana. Entre los elementos fundamentales de la cosmovisión mexicana analizados por el autor, destaca el hecho de que “Guerra y agricultura se reunían, en el culto de Xipe Tótec, como actividades igualmente generadoras de vida, dentro del marco de la cosmovisión mesoamericana. A través del desarrollo de su fiesta, el dios, revitalizado por los guerreros exitosos que aportaban las pieles de sus víctimas, recibía las semillas del grano con el fin de propiciar y fortalecer su capacidad regeneradora, a la vez que abría el camino de sus promotores hacia una nueva y mayor jerarquía” (pp. 404-405). Como ya lo he señalado, son muy valiosas estas consideraciones que asocian los aspectos simbólicos y la dimensión social de los fenómenos religiosos. Ahora bien, además de sus indudables aportaciones, el valor de la excelente monografía que nos ofrece Carlos Javier González González reside también en las preguntas que suscita, así como en las perspectivas que ofrece para futuras investigaciones. En varias ocasiones, el autor centra su interpretación del acto del desollamiento de las víctimas dedicadas a Xipe Tótec a partir del proceso que se sigue

para quitar el totomochtle de la mazorca de maíz. Este modelo nos parece indudable y lo confirman los estrechos nexos entre la deidad y el maíz que el autor analiza con detenimiento en el capítulo cuarto. Ahora bien, la cuestión que aún no me parece resuelta del todo es cuál es el momento durante el cual se quitaban las brácteas de la mazorca, ¿durante la cosecha, o bien al momento de sembrar? Si bien el autor cita un testimonio de Preuss respecto a que la fiesta de la siembra entre los huicholes se llamaba “deshojar las mazorcas”, también menciona que los nahuas de la Montaña de Guerrero “[...] retiran el totomochtle de las milpas después de la cosecha” (p. 286). Es decir, ¿se almacenaban las mazorcas con o sin totomochtle?⁶ Por consiguiente, si el proceso de quitar las brácteas corresponde al momento de la cosecha, se fortalecería la hipótesis de Michel Graulich, quien considera que *tlacaxipehualiztli* era una fiesta de la cosecha. En caso de realizarse poco antes de sembrar, este proceso del “desollamiento” de las mazorcas apuntaría a que la veintena dedicada a “Nuestro señor el desollado” era una fiesta de la siembra, interpretación privilegiada por el autor que reseñamos ahora. Otro tema que a mi parecer requiere de investigaciones más profundas es el del modelo mítico del origen de la Guerra Sagrada que se reactualizaba en *tlacaxipehualiztli*, el cual sólo es mencionado de paso por el autor (p. 318). Además, a partir de este mito fundamental se establece la equivalencia entre la guerra y la cacería, lo que explica en parte la identificación en algunas fuentes de Mixcóatl-Camaxtli –deidad patrona de las actividades cinegéticas– con Tlatlahuqui Tezcatlipoca, es decir, con Xipe Tótec. Quedaría entonces por investigar los lazos entre “Nuestro señor el desollado” y la cacería e incluso, más allá, los vínculos entre cacería y agricultura en

⁶ Al respecto, me parece interesante una ilustración del *Códice Florentino* (1979: Lib. VII, fol. 16v.) que representa a unos individuos que están llenando una troje; las mazorcas están sin *totomochtle*.

Mesoamérica. Finalmente, ¿acaso la práctica del desollamiento no apunta hacia un saber ancestral de cazadores?

Guilhem Olivier

Universidad Nacional Autónoma de México

NIKOLAUS BÖTTCHER, BERND HAUSBERGER y ANTONIO IBARRA (coords.), *Redes y negocios globales en el mundo ibérico, siglos XVI-XVIII*, México, El Colegio de México, Iberoamericana-Veruert, 2011, 309 pp. ISBN 978-607-462-208-9

Este libro colectivo propone una reflexión relativa al funcionamiento de los sistemas comerciales dentro de los imperios ibéricos con base en un análisis en términos de redes sociales. Como lo remarcan los autores, en el contexto considerado, el comercio desempeñó una función crucial para el funcionamiento de los sistemas imperiales de la época moderna. De hecho, los estudios sobre comercios y comerciantes en el espacio atlántico han venido a ser una línea de investigación de muy larga trayectoria cuya traducción se mide en términos de abundancia bibliográfica. Basta recordar los trabajos fundamentados en el concepto de *économie-monde*, a la elaboración del cual tanto aportó Fernand Braudel y que desarrollaron de manera decisiva tanto P. Chaunu como I. Wallerstein. La reflexión propuesta por dicha fecunda línea de investigación se acercaba a esta temática relativa al comercio colonial en términos de historia global y subrayaba la importancia de las “conexiones” establecidas, tanto por los comerciantes como por sus agentes de negocios, entre y dentro de los espacios imperiales –y por ende comerciales– considerados. En este sentido, reconstruir sistemas comerciales tomando en cuenta las relaciones mantenidas entre sus actores no tiene en sí un carác-